



Boletín mensual ilustrado. — Director-propietario: D. SALVADOR CASTELLÓ Y CARRERAS

Revista premiada con Diploma de Honor y Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Avicultura de Bruselas (1897) y de Oro en la Internacional de Madrid (1902)

Órgano de la Real Escuela oficial de Avicultura y de la "Sociedad Nacional de Avicultores Españoles"

España, al año, 8 pesetas



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
DIPUTACIÓN, 301; BARCELONA



Extranjero, 10 pesetas

Año XII

Agosto de 1907

Núm. 133



DE LA COLECCIÓN DE TARJETAS POSTALES DE LA REAL ESCUELA OFICIAL DE AVICULTURA DE ARENYS DE MAR

SUMARIO

Real Escuela Oficial de Avicultura. Homenaje al director D. Salvador Castelló. — SECCIÓN DOCTRINAL: La cría de patos, por F. de la B. — Los pavos blancos, por J. Togerín. — El Loforino magnífico. — NOTICIAS: Comercio de bestias salvajes. — AMENIDADES: Las hormigas, por Emilio Gautier. — Memorias de un palomero (continuación), por Salvador Castelló.

REAL ESCUELA OFICIAL DE AVICULTURA

Homenaje al director D. Salvador Castelló

Con razón venimos señalando el curso de 1907 como uno de los que más se han distinguido por la aplicación de sus alumnos; el éxito de los exámenes lo ha demostrado suficientemente.

Hoy podemos añadir que en pocos se han mostrado aquéllos tan agradecidos á su Director.

Terminadas las clases, pusiéronse todos de acuerdo, y con motivo de probar los capones cebados por ellos mismos en la Escuela, y que el Sr. Castelló puso á su disposición, prepararon un homenaje de gratitud á nuestro Director.

Consistió éste en una suculenta merienda que tuvo lugar en la pintoresca «Font de can Sala», sita en las inmediaciones de Arenys de Mar, en cuyo acto Director, profesores y alumnos unidos en estrecho abrazo, celebraron la terminación del curso y el éxito de sus estudios.

La plazoleta contigua á la fuente se adornó vistosamente, y en su centro, bajo la sombra de copudos árboles, se emplazó la mesa, sobre la que se depositaron exquisitos manjares.

La llegada del Sr. Castelló, de los profesores don Jaime Grás y José Rovira, y del encargado de la Granja Paraíso, D. Domingo Manuel, fué saludada con aplausos.

Durante la comida reinó la más cordial inteligencia entre todos los comensales.

Cuando tocó el turno á los capones, el Sr. Castelló, que nada perdona en cuanto á la enseñanza avícola afecta, manifestó que faltaba una lección práctica, que estaba dispuesto á dar en el acto, y en efecto, personalmente cortó las cebadas aves como pudiera haberlo hecho el más refinado cocinero. Saboreadas éstas, los alumnos pudieron convencerse del resultado del *cebo* en forma práctica y difícil de olvidar.

Al descorcharse el Champagne, inició los brindis el alumno mejicano, D. Federico de la Barra, siguiéndole el uruguayo D. Mario Supparo, y el austriaco Lorenzo Grenzner, los cuales se congratularon de su permanencia en la Real Escuela Española de Avicultura, augurando la próxima asistencia de nuevos alumnos de sus respectivos países.

Después de hacer uso de la palabra otros varios alumnos, los profesores Sres. Gras y Rovira y el encargado de la Granja Sr. Massuet, que emocionado recordó los lazos de afecto, gratitud y consideración que le unen al Sr. Castelló, levantóse éste y profundamente conmovido dijo que con todas aquellas manifestaciones de simpatía se le había proporcionado uno de los más gratos días de su vida.

En sentidas frases recordó el afecto que siempre tuvo hacia sus alumnos, á los que desinteresadamente enseñaba, elogió á los del curso que terminaba, presentándoles como modelo á los que en cursos sucesivos les siguieran, les alentó para que trabajaran en la noble industria de la Avicultura, y les ofreció su constante apoyo, diciéndoles no debían ver en él al profesor, sino al amigo y al colega; terminando con un entusiasta brindis al progreso avícola, que todos anhelaban.

A dicho obsequio correspondió pocos días después el Sr. Castelló, obsequiando á sus alumnos con una cena, en la que, como en la fiesta de la «Font de can Sala», reinó gran entusiasmo y armonía.

Después de aquel acto los alumnos regresaron á sus respectivos hogares, mostrándose altamente satisfechos de su estancia y de sus estudios en la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar.



La cría de patos

I

Durante mi práctica en la Granja Paraíso

Constantemente se recibían consultas relativas á esta importante industria, anexa á la Avicultura, y como comprendemos que llevada con inteligencia y prestándole los cuidados y atenciones que requiere puede ser un auxiliar que con sus rendimientos compense esos trabajos y desvelos, escribo este ensayo de estudio, que podrá servir de aclaración á los puntos dudosos, y como estímulo á emprender las labores con el mejor éxito.

Sabido es que hay regiones, y aun naciones (entre las cuales descuella en primer término los Estados Unidos de América), en que con gran empeño se tiene implantada esta industria. Hay granjas que en enormes cantidades están pobladas de esas palmípedas, que con sus variados y múltiples rendimientos, dan grandes utilidades á los que han puesto en el desarrollo de su industria, no sólo su capital, sino su inteligencia, sus cuidados constantes y su laboriosidad.

El que esto escribe, ha tenido la fortuna de visitar una de esas granjas, en las cercanías de la grandiosa ciudad de Chicago; y llamo fortuna á la coincidencia de haber visto, aunque rápidamente, esa explotación, porque en ella obtuve enseñanzas de lo que pueden producir la inteligencia y la constancia cuando se ponen al servicio de una idea de prosperar noblemente en el fin que se han propuesto.

Ni la índole de este artículo, ni sus dimensiones, me permiten hacer una descripción de lo que vi en aquella inolvidable visita. Los recuerdos que de ella conservo obedecen á dos puntos de vista completamente diferentes; pues por un lado la vista se recreaba ante aquellos estanques poblados por millares de hermosos patos, y en las verdes praderas, donde buscaban el complemento de su alimentación; y por el otro la parte industrial con sus grandes instalaciones de incubación artificial, situadas en los sótanos; las grandes salas refrigeradoras para conservar las existencias que, debidamente embalsamadas, van surtiendo los mercados, aun á grandes distancias, y á las grandes empresas ferrocarrileras y navieras.

Aquella laboriosa actividad y aquella inteligente administración quedaron grabadas en mis recuerdos sacando de esa visita una provechosa enseñanza de lo que puede obtener el hombre que amante del estudio, busca no sólo en la superficie, sino que profundiza, llegando á obtener la comprobación de ésta, puede decirse, axiomática consecuencia: «la cría de los patos, metódica y razonada, es una industria de porvenir que compensará con creces los desvelos y cuidados que se le consagren».

*
* *

Como preliminar á este estudio creo conveniente referirme á las dos especies cuya cría me parece la más indicada, dadas las condiciones de clima, de facilidad de cría y de más seguros rendimientos. Me refiero á los patos de Rouen, y á los patos de Pekín; aquéllos por sus condiciones de semejanza de clima, por la facilidad con que se pueden criar y por su riquísima carne; y éstos desde el punto de vista de su reproducción que los coloca en primera línea y por la precocidad de los pequeños y la facilidad con que se les cría.

Ambas especies alcanzan un tamaño igual, y aún cuando la carne de los de Rouen es incuestionablemente superior á los de Pekín, la de éstos no es despreciable, siendo notable la facilidad con que se ceban.

Los signos característicos de los patos de Rouen, que no es sino un perfeccionamiento de la raza común en el Norte de Francia debido á la selección, son los siguientes: el macho tiene el pico amarillo, manchado de negro; la cabeza verde con un medio collar blanco solamente en la parte delantera del cuello; el pecho marrón salpicado de blanco; las alas grises marrón,

con reflejos blancos, violáceos y verdosos. Vientre gris claro; el lomo gris oscuro con las extremidades negras con reflejos; sobre la rabadilla plumas verdes y negras, rizadas; las patas amarillas. La cabeza de la hembra es de moreno claro rayada del mismo tono, más obscuro, teniendo el resto del plumaje marrón rayado de marrón obscuro. El pico, alas y tarsos, iguales que los del macho.

Su puesta es de 80 á 100 huevos, de un color verdoso.

La incubación dura de 28 á 30 días, estando recubiertos los patitos al nacer por un vellón ceniciento y amarillo, y teniendo las piernas amarillas.

Hay una variedad blanca completamente, que tiene el pico y las patas amarillas.

Los patos de Pekín tienen el plumaje blanco con reflejos amarillos y plumas rizadas en la rabadilla; el pico amarillo anaranjado como terminación de una cabeza grande y ligeramente plana; las patas son fuertes y amarillas. Estos son los caracteres del macho, semejantes á los de la hembra, de la que se diferencia por tener ésta una talla menor y no tener las plumas rizadas de aquél.

La puesta en esta raza es muy superior á la que alcanzan los de Rouen, pues en ésta se eleva por término medio á un centenar por año, siendo los huevos blancos.

El período de incubación es igual en ambas especies.

Los patos de esta raza son notables por su airosa marcha, por la viveza de su mirada y por lo elevado de su cabeza, caracteres que les dan un aspecto particular, que no se vé en ninguna otra especie.

Tanto los de Rouen como éstos son especies rústicas, que se acostumbran fácilmente á la domesticidad y llegan á ser dóciles en la granja, en la que se reproducen perfectamente.

El desarrollo que alcanzan, y que es igual en ambas especies, llega á superar al de los de Aylesbury, la patria de los tan renombrados patos, así denominados, llegando á pesar hasta tres kilos y medio.

Desde la edad de tres meses pueden ser llevados al mercado, siendo los de Rouen una de las mejores variedades, por no decir la mejor, entre los de su especie, por la finura de su carne. Ninguna otra puede luchar con ellos, ni aún los «Labrador», que tan celebrados son por algunos comerciantes, por sus condiciones prolíficas, y su precocidad.

Otra de las grandes ventajas que tienen los patos de Rouen es lo bien definido de su tipo, del cual no se separan, pues la menor variación en tipo general acusaría un cruce, y el que desea obtener las ventajas de una raza perfectamente pura no debe descuidar la descripción de ellos dada al principio.

Los de Pekín no tienen sobre los de Rouen sino la superioridad en la postura, pues su carne, como dije anteriormente, no obstante ser animales muy favorables al cebo, no puede competir con la de la otra raza hoy descrita.



Si me ocupo hoy de ella preferentemente, al mismo tiempo que de la de Rouen, es porque habiéndola visto criar prácticamente en aquellos establecimientos avícolas de la América del Norte, en donde, siguiéndose reglas completamente fijas y seguras, es fuente de grandes recursos, creo que implantada esta industria en nuestro país, á cuyo clima fácilmente se acostumbran, y cuya alimentación es sencilla y económica, pues que ellos mismos se la completan con hierbas, larvas é insectos, á los que son muy aficionados, será de iguales rendimientos á los que la implanten en nuestro país.

Con esta pequeña descripción doy fin á la primera parte de mi estudio, que será seguida por el de la incubación natural y artificial, y por el de la recría, que es de la mayor importancia, y en la que tiene su cimiento el buen éxito de la explotación.

F. DE LA B.

Los pavos blancos

Son una variedad de la raza común negra, producto de un caso de albinismo seleccionado con esmero.

Durante mucho tiempo no han sido apreciados en su verdadero valor; pero en la actualidad son muy estimados por sus cualidades especiales, hasta el punto de que el Ministerio de Agricultura, de Francia, ha recomendado á sus avicultores la conveniencia de la cría y reproducción de los pavos blancos, teniendo en cuenta sus ventajas.

Además de esta variedad, el pavo negro originario de América ha producido una variedad de plumaje rojizo, al cual se da algunas veces el nombre de pavo de las Ardenas, y otra azulada, que se ve en las exposiciones y que procede seguramente del cruce de los pavos negros con los blancos.

Estos últimos presentan un interés particular, en razón al rendimiento que de su plumaje se obtiene; su aspecto general no difiere en nada al del pavo negro, pues tiene el mismo garbo y las mismas costumbres; la talla, sin embargo, no alcanza del todo las mismas dimensiones, y el volumen es un poco menor.

Las patas son rosadas, y lo característico es el plumaje, que debe ser de una blancura perfecta, sin ningún vestigio negro; los ejemplares que presenten este defecto no deben conservarse para la reproducción. Lo mismo que en las otras variedades, las pavas hacen dos posturas, de doce á quince huevos cada una, los cubren asiduamente, tanto que á veces hay que vigilarlas, porque en su ardor por empollarlos, llegan hasta olvidar la comida; á éstas, al levantarlas para que coman, es necesario tener cuidado de alejarlas de los huevos, pues de lo contrario volverían al nido sin haberse nutrido.

Los pavipollos requieren mucho cuidado y muchas precauciones en su juventud; son quizá más delicados

que los de la variedad negra. Durante el primer mes, hay que tener mucho cuidado de preservarlos de la humedad y de los ardores del sol, los cuales les producirían congestiones mortales.

No obstante sus deseos por correr, vale más sujetarlos en un espacio algo reducido, y darles durante este tiempo alimentos muy nutritivos y de fácil digestión; desperdicios de carne muy picada y ligeramente cocida les es muy conveniente; gusanos de estiércol y caracoles machacados también son buenos durante el primer mes. Después se les dejará correr y buscarse ellos mismos los alimentos que más les gusten, lo cual no impedirá que á la caída de la tarde se les dé una buena ración de grano ó una mezcla de pan desmigajado y pedacillos de carne, bien preparado para ayudarles á sufrir la crisis del rojo, que es siempre el período crítico de la crianza.

Para prevenir y atenuar en parte esta crisis, muchos avicultores les dan desde el principio cebollas machacadas ó ajos, pero sobre todo cebollas, picando igualmente los tallos y puerros que mezclan y hacen una masa. Esta simple precaución basta algunas veces para conseguir las empolladuras de los pavos.

Se han indicado igualmente varios polvos, que se echan en la masa ó pasta; he aquí unos (según Cantiget) que dan siempre buenos resultados:

Canela en polvo.	150 gramos
Genciana en polvo.	50 »
Anís verde en polvo	50 »
Carbonato de hierro en polvo	250 »

Con este cuidado y una buena higiene se debe llegar á criar fácilmente los pavos blancos y obtener excelentes resultados, especialmente como hemos indicado al principio de este artículo, por el rendimiento que puede dar la pluma.

Mientras que el beneficio que produce en la variedad negra es casi insignificante, en la blanca, por el contrario, se eleva considerablemente, y más aún en algunas regiones, en Allier (Francia) por ejemplo, donde se ensaya esta crianza, la plumada anual no da más que un beneficio de tres francos por cabeza, mientras que este beneficio en el mismo tiempo se eleva á cinco y seis francos en los departamentos de Eure-et-Loir, de Loiret y de Seine-et-Oise, donde también se practica mucho.

Los desplumadores pasan dos veces al año por los criaderos, despluman las aves é inmediatamente verificado esto, someten la pluma á una preparación conveniente, para lograr su mejor conservación.

Después del desplume se les aumenta un poco el alimento, y si es la época, se les ceba.

La carne de los pavos blancos es tan delicada y sabrosa como la de los negros, y así se concibe que con la doble ventaja de la venta de la pluma y de la carne, muestren los avicultores cada vez más predilección por la cría y reproducción de estas aves.

J. TOGERÍN

El Loforino magnífico

(*Loforina superba*)

Entre los caprichos de la Naturaleza, el mundo de las aves nos ofrece uno verdaderamente interesante:

Es el ave llamada por los papúes *Sag-awa*, según Forster, y *Soffon-ho Zaton*. Tiene unos 0'22 á 0'25 metros de largo total. El lomo, las rabadillas, las alas, la cola y las super y subcaudales, son de color negro, pero con visos dorados, según la incidencia de la luz; las plumas escalonadas de la túnica, de un magnífico negro violeta, con el brillo, viso, blandura y suavidad del terciopelo; las plumas sobre-

En un año solo, ha vendido 60 elefantes, 85 leones, tigres y otros felinos grandes; 70 osos, más de 1,000 monos y así á proporción otros bichos.

Divide sus negocios en tres ramos: 1.º Surtir de animales los jardines zoológicos y parques públicos ó privados.—2.º Construir casas para sus animales.—3.º Domesticación de toda clase de bestias feroces.

Tiene depósitos en todas partes: cinco en Asia, tres en Africa, algunos en Europa y otros en Siberia.

Ocupa á más de 60 viajeros, que trabajan sólo para él, cogiendo animales y remitiéndoselos á sus depósitos. Los felinos (tigres, leones, etc.) son cogidos invariablemente cuando son cachorros de corta edad



El Loforino magnífico

puestas que hay delante del cuello y el pecho, son de un verde bronceado con cambiantes y matices violeta. Cuando el ave descansa, se apoya sobre el lomo las largas plumas de la espaldilla, formando como un manto; pero las extiende cuando quiere ostentar toda su magnificencia.

El loforino es, probablemente, originario de la Nueva Guinea, ó, por lo menos, Lesson dice haberlo visto en Offack, en la isla de Waigion y en Dorch; pero escasea tanto, que durante su permanencia en la Nueva Guinea no pudo Rosenberg adquirir un solo individuo. Nada se sabe acerca de sus costumbres.

Noticias

Comercio de bestias salvajes

Hamburgo es el centro comercial de animales salvajes más notable del mundo. Este mercado está, no en Hamburgo mismo, sino en una población pequeña inmediata, llamada Stellingen.

Está dirigido por Mr. Carlos Hagenbeck, apodado el Rey de los importadores de animales.

y dados á criar á una cabra ó con leche de la misma: esto debe amansarlos ya un poco.

En la Nubia, comarca de donde trae los animales feroces, sobre todo los leoncitos, los agentes de Mr. Hagenbeck se valen de los naturales del país para buscar las guaridas.

Se les acecha, y en su ausencia se roban con relativa facilidad las crías. Si la madre está en la guarida, se la suele tratar á lazo con toda galantería.

A las crías se les da leche de cabra domesticada; al mes y medio les dan aves; á los tres ó cuatro meses las transportan en pequeños cajones de madera á lomo de camello por el desierto hasta la costa, y allí las embarcan para Europa.

Los más hermosos leones eran los de los montes de Atlas, al Norte de Africa, donde ya son pocos los que hay. Un león de Nubia vale 200 libras esterlinas y uno del Senegal de 100 á 150.

Los animales adultos son cogidos en trampas de foso. Mr. Hagenbeck enseña dos hermosos tigres de Siberia, que ahora tiene en venta, y otro de Persia; éste es un tipo no conocido por acá; tiene el macho melena como los leones, la cabeza es corta y redonda.

Los elefantes se los proporciona «al rey» este, su hermano, que vive en Ceylan (India); valen de 250 á 400 libras uno, si no es blanco; éstos son ya carísimos por su rareza y la dificultad de adquirirlos; en la India son sagrados.

Desde 1880, sólo cinco elefantes africanos han sido llevados á Europa; las recientes guerras del Sudán y de Egipto han paralizado el comercio de animales.

La jirafa es otro de los que escasean. En el verano de 1902 vendió tres al duque de Belford, que aun las tiene en su parque. Entre los años de 1880 y 1900 sólo tres jirafas fueron traídas á Europa: dos eran del Sur de Africa, una del Senegal.

Ahora que el Sudán está abierto, el comercio se restablece, bien que la jirafa es difícil de cazar, aunque no feroz; la cogen montados en caballos de Abisinia, que son muy ligeros.

Hallan un grupo de ellas, las persiguen tan de prisa, que á las pequeñas les es imposible seguir al lado de sus padres, y cuando se las ve cansadas, son atadas y conducidas al campamento, donde les dan leche de cabras, legumbres, granos y otras plantas. Coger una jirafa adulta es casi imposible, aunque parecen tontas, y si alguna vez se ha cogido alguna, no ha sido posible conservarla. Esto sucede con casi todos los animales salvajes cogidos ya en edad adulta.

Las cebras se cogen persiguiéndolas en batida hasta meterlas en una trampa, aprisco ó corral, como se hace con los elefantes de la India.

Las culebras tipo *boa constrictor* se cogen en trampas con muchas correderas; las variedades pequeñas en redes, y á ellas se las va llevando incendiando el pasto en que se sabe están escondidas.

Las varias especies de ciervos de Siberia son llevadas por los del país á la nueva espera, en la cual las jovencitas caen y ya no pueden levantarse.

Lo más patético es la caza de gorilas (grandes monos). Hay que matar primero á la mamá á tiros y luego asegurar al nene. Hay que ver la desesperación de éste entonces; corre á la madre se anida en su pecho y allí gime como un perro.

El gorila no puede soportar la cautividad; su corazón se despedaza; lo mejor es cogerlos recién nacidos, cuando aun no han podido darse cuenta de su vida.

Excepto los elefantes, dromedarios, jirafas, camellos, etc., los demás son embarcados en cajones de fabricación especial; los reptiles (cocodrilos, caimanes, gaviales, etc.), en cajas de zinc.

Las grandes culebras son buenas viajeras, duermen durante el camino.

Mr. Hagenbeck es un gran médico de animales, una especialidad; ha curado animales desahuciados (como ciertos inquilinos), cuyos amos habrían determinado matarlos al verlos incurables.

Naturalmente, el buen señor sabe la que esas bestias cuestan y merecen la pena de conservarles la vida bien.



Las hormigas

«¿Por qué entre las minúsculas plagas que, en razón de su número y de la continuidad de su acción, son tan temibles para el hombre civilizado como las bestias más feroces, no se ha hecho figurar á las hormigas? ¿Se toma, pues, á esos condenados insectos por cantidad despreciable?»

Así empieza la carta de «Una lectora desatinada» (*sic*), cuya casa de recreo, á lo que parece, está infestada por pululantes enjambres de insectos que inundan los bufetes y las camas, regálense con el azúcar, ensucian la carne, comunican al pan un sabor detestable y hacen la vida imposible.

«Esto equivale ciertamente á los mosquitos, las pulgas y los chinches», añade tristemente la víctima de semejante invasión, y termina reclamando á voz en grito un remedio eficaz, rápido y (como es natural) barato.

* *

Sépase por de pronto que, una vez las hormigas han elegido domicilio en alguna parte, no es muy fácil desembarazarse de ellas. No solamente es demasiado grande su número, sino que, siendo animalillos inteligentes, bravos, tenaces, avisados, sutiles y duchos en la práctica de una estricta solidaridad, llevan ya hecho cuanto sea capaz de burlar las emboscadas que puedan tenderseles. Y así, resisten hasta el punto de que con frecuencia, los venenos más fuertes y los insecticidas más enérgicos las dejan casi inmunes y aun indiferentes.

Sin embargo, hay un medio. A diferencia de las pulgas y de los chinches, que hacen campaña en orden disperso, sin que se sepa jamás donde se hallan sus oficinas de reclutamiento y sus centros de movilización, las hormigas tienen siempre un centro de enlace, desde el cual salen en expedición y á donde nunca dejan de regresar, con botín ó sin él, á menos de perecer en su camino. Y aun así, sus compañeras tienen á honra el conducir los cadáveres al país natal, pues las hormigas poseen sus cementerios y observan el culto de los difuntos.

Es necesario, pues, seguirles la pista, lo cual no deja de exigir alguna paciencia, ya que á menudo se van lejos de su domicilio y no vuelven á él sino

después de largos y caprichosos rodeos; y cuando, por fin, se descubre el hormiguero, viértase en él buena cantidad de petróleo, ó, sencillamente, de agua hirviendo.

Este sistema, ya empleado con frecuencia, es infalible. Con él casi no sobreviven más que los individuos aislados, los que en el momento del sacrificio

cido. Cito la cosa á título de curiosidad tan solo, sin salir garante del éxito para nada.

Aquí, además, va á plantearse otra cuestión que sólo en apariencia es ociosa y paradójica.

Salvo la pequeña molestia que nos ocasiona la



Grupo de comensales en la merienda organizada por los alumnos de la Real Escuela de Avicultura en honor de su director D. Salvador Castelló para celebrar el feliz término del curso de 1907

se hallaban fuera y que, desorientados por la catástrofe nacional, no sabiendo ya dónde proveerse de víveres ni dónde recibir órdenes, acaban por sucumbir ó por abandonar la partida.

Bien sé que, á veces, el ejército invasor proviene de muchos y diversos hormigueros y que entonces la destrucción de uno solo no basta para conjurar el azote. En caso semejante, no hay otro medio que volver á la operación cuantas veces sea necesaria.

Aparte de este procedimiento heroico, nada puede hacerse. Todo se ha ensayado y nada se ha conseguido.

Debo añadir, sin embargo, que he oído encomiar el empleo de una mezcla de bórax y azúcar en polvo esparcida en el interior de los muebles frecuentados por las hormigas, siendo mejor todavía, á lo que dicen, esparcir acá y allá rajas de limón enmohe-

presencia de las hormigas, ¿tenemos verdadero interés en destruirlas?

¿Cómo olvidar, principalmente, que las hormigas ofrecen el mejor de los ejemplos?

Cada hormiguero es un dechado de democracia, donde los pueblos que se jactan de poseer la civilización más refinada no harían mal yendo á aprender lecciones de orden, abnegación y celo en pro de la cosa pública, no menos que de patriotismo y fraternidad.

Cierto que estas consideraciones son de orden sentimental, nada á propósito para emocionar á las lectoras «desesperadas», á quienes las hormigas echan á perder las confituras. Pasemos á otros argumentos de sugestión más inmediata.

Por ejemplo: ¿sabéis que las hormigas hacen un pequeño papel médico y farmacéutico?

Con esto no aludimos á la facultad que tienen de secretar el ácido fórmico, al cual, probablemente, deben su maravillosa resistencia y su extraordinario vigor. Todo el mundo sabe actualmente que el ácido fórmico se elabora por síntesis, industrialmente, y que, si los boticarios tuviesen á su disposición tan solo el que se puede recoger en los hormigueros ó machacando hormigas rojas en el mortero, como hacían los preparadores del «agua de magnanimidad», la medicación formiatada, á la cual, de algún tiempo acá, tanto honor se dispensa, estaría aun en la infancia.

Pero, sin duda por el ácido fórmico de que tan copiosamente provistas se hallan, pueden las hormigas emplearse «en el hombre» para curar los reumatismos.

Tal se ha experimentado de una manera corriente en Rusia. Allí, en las inmediaciones de Moscou sobre todo, los *moujiks*, en cuanto experimentan dolores, toman buenamente baños... de hormigas vivas.

Nada más sencillo. Se empieza por buscar un hormiguero. En cuanto se ha encontrado, se sacan de él, bien sea con una pala ó con las manos, las hormigas, los huevos y lo demás, y se mete todo en un saco de recia tela. Métese en seguida dicho saco en un barreño de agua caliente, donde no tarda en desprender un olor acre y picante *sui generis*.

Desde entonces, se halla dispuesto el baño; sólo falta meter en él al enfermo.

No seré yo quien vaya á pretender que esto sea muy limpio. Tampoco diré que sea muy agradable. El baño de hormigas tiene una acción vesicante que quema verdaderamente la piel. Aquellos que, dando fe á estas noticias, se sintieren tentados de ensayar el procedimiento, obrarán muy cuerdamente no prolongando la prueba, si quieren conservar la tersura de su epidermis. Pero se afirma que el remedio es eficacísimo.

La irritación de la piel es precisamente indicio de una acción revulsiva, de una especie de derivación cutánea que, según parece, arranca el mal como con la mano. ¿No es eso lo esencial, por ventura?

Desde luego, se ha contestado á una pregunta.

¿Para qué sirven las hormigas?

Para curar el reumatismo, sencillamente.

¿Cuántos hombres en general y cuántos médicos en particular no pudieran decir otro tanto!

Y aun no está ahí todo. Si hemos de dar crédito al periódico inglés *The Entomologist*, que algunos años atrás contó seriamente la historia, las hormigas pudieran servir también para la sutura de las heridas.

Esto no sucedió en Rusia, sino en el Asia Menor.

Habiendo un griego de Esmirna caído de caballo, tenía en el cráneo una gran hendidura. Entró en casa de un barbero (sabido es que en todo el Oriente es común en los barberos ejercer la cirugía menor), quien, para juntar los labios de la herida, se los pegó buenamente con media docena de hormigas gruesas, á manera de pinzas.

Es decir, que las hormigas, por si aun fuere poco curar el reumatismo, pueden todavía, si llega el caso, reemplazar el diaquilón y otros ungüentos.

Desde luego, pues, ¿no sería un pecado condenarlas sin misericordia al exterminio, como algunos pretendeh?

* *

Téngase en cuenta, además, que semejante hecatombe pudiera tener una repercusión desastrosa en la cría de perdices y faisanes.

Tengo precisamente á la vista un artículo tan vehemente como documentado, en el cual un señor, L. Marion Sarcé, que me parece saber al dedillo lo que trata, lamentase amargamente de que se permita á los ingleses proveerse en Francia de huevos de hormigas.

«El ardor en la caza de hormigas, dice, va á redoblar *ipso facto*; si bien se acerca el día en que no habrá ya bastantes huevos para las perdices y los faisanes, cuyas nidadas van á morir como moscas».

¿Le gusta á usted, señora «lectora desesperada», el faisán con coles? ¿Y la perdiz asada? En caso afirmativo, sea usted indulgente para con las hormigas. Elija usted.

Nada más sencillo: en este bajo mundo no existe una sola cuestión, por trivial que parezca, en la que no haya su pro y su contra y que no plantee más de un problema insoluble.

EMILIO GAUTIER

El interesante escrito de Emilio Gautier, que han reproducido varios periódicos de todos los países, da ciertamente la voz de alerta á los avicultores que por dedicarse especialmente á la cría del faisán tanto necesitan de los huevos de hormiga para el alimento de sus polladas, pero la total pérdida de los hormigueros no creemos produjera la ruina de aquella industria.

En efecto, en el comercio se expenden ya hoy diversas preparaciones albuminosas que suplen la falta de huevos de hormiga sin que las crías se resientan de los resultados.

Además de ello, una mezcla de clara de huevo bien cocida y triturada con polvos de carne desecada, proporciona también al joven faisán los elementos nutritivos que requiere en su infancia.

Cierto es que nada resulta tan económico como el huevo de hormiga, que solo cuesta el valor del trabajo que se necesita para ir á recogerlo; pero aun cuando el suministro de otros preparados resulte algo más costoso, con elevar en algo el precio del faisán se compensaría, y á los que comen faisán no les iría mal pagarlo con tal de no apercibirse de la ausencia de tan succulentas aves en sus mesas.

Memorias de un Palomero (continuación)

Llegué al amanecer y al impulso de los potentes brazos de mi gondolero, descendí el gran canal y á las ocho de la mañana desembarcaba en la incomparable plaza de San Marcos.

Nubes de palomas revoloteaban en el espacio: de todas las cornisas y torres del famoso templo bizantino, salían alegres parejas que descendiendo á la plaza seguían al transeúnte en demanda del apetecido grano. Ya en uno de los primeros capítulos dije que llegué á tener más de doscientas al alcance de mi mano.

Los venecianos sienten por sus palomas singular veneración.

Asediada la plaza por poderosas fuerzas enemigas, las palomas prestáronles tan valiosos servicios, que se salvó la ciudad, y desde entonces esas aves son poco menos que sagradas.

Cuando me alejé de la plaza de San Marcos, después de obtener con mi máquina fotográfica algunas instantáneas, llevaba en mis clichés su imagen y en el corazón un recuerdo tan grato que nunca podré olvidarlos.

Allá esas aves se veneran; aquí en España se persiguen y cuando después de interminable viaje vuelven gozosas al palomar, nuestros salvajes las acechan y las matan.

¡Cuán distinta es la educación moral de los pueblos! En todos los países se enseña al niño á querer y respetar las plantas y los pájaros; aquí los padres ven con calma que sus hijos destruyan los nidos y nada tiene de particular que cuando aquellos son mayores maten las palomas y persigan á tantos seres dignos de la mayor estima, siquiera sea por los servicios que prestan á la Agricultura.

Cruzando los Alpes, y admirando sus deliciosos paisajes, volví en aquel viaje á Bélgica, la tierra de mis años juveniles, la que formó mis aficiones palomeras y en la que aprendí á vivir atesorando los

conocimientos que andando el tiempo me han dado algún nombre, y desde luego, me abrieron la senda del porvenir.

¡Con cuanto placer volví á ver mi pueblecito! allí abracé á los que fueron mis profesores y compañeros, recorrí las dependencias de la Escuela y sus cercanías y recordé mis travesuras. La reseña de mis trabajos y de mis éxitos constituyó el tema principal de todas las conversaciones, y los viejos colombófilos del pueblo me abrazaban como se abraza al antiguo discípulo.

Era un espléndido gallo Fénix cuya cola medía unos tres metros (pág. 83).

En Bruselas fui recibido por los grandes hombres de la colombofilia belga con agasajos y las más inequívocas muestras de simpatía.

Pletinkx y Rey, los decanos de los *amateurs* de Bruselas, el gran Delmotte, Félix Gigot, cuyo amigo y colaborador en la fundación de *Le Martinet*, M. Paul Tordo, en aquel entonces residente en Barcelona, era nuestro consejero; todos me tendieron su mano á título de viejos compañeros.

Conocí en aquel viaje al Chevallier Leon Schellekens, hoy jefe y presidente de la Federación Internacional de Avicultura, á Monseu, el gran avicultor belga, al docto Braconier el más famoso palomero de Lieja, á Van Dersnik, y á tantos otros ofreciéndome todos ellos su amistad y cuanto de los elementos que dirigen podía necesitarse.

¡Cuán grato me fué verme entre personas que se hallaban á la altura de comprenderme! Aquí en España se me tenía aun por monomaniaco, si no por loco y aunque ante la fuerza de los hechos se me habían ya tributado algunos aplausos, en el fondo aun se me compadecía. Allí se me abrazaba de corazón porque se me comprendía, y se me animaba al perseverar en mis empresas.

Alentado por ello y contando con los ofrecimientos que en todas partes se me hicieron en aquellos viajes, en los que estreché tan valiosas relaciones, afiancé en la mente el proyecto de la Exposición de Avicultura de Madrid, que á la Reina ofrecimos, las cosas se llevaron adelante y un año después abría sus puertas: pero punto es este que merece capítulo separado.



CAPÍTULO IX

En la Villa del Oso y el Madroño

Mala es la fama que Madrid tiene entre los españoles, y sobre todo, entre los habitantes de las regiones avanzadas y progresivas que reniegan de las trabas que la administración central opone á su desenvolvimiento.

Yo, por mi parte — he de reconocer — hallé siempre grandes facilidades y cuando los gobiernos han sido buenos, no creo bien fundadas tales recriminaciones.

Es indudable que la natural fiera á la par que la caballerosidad é hidalguía castellana requiere ciertas formas y que determinados problemas se les hacen de difícil solución, cuando los encargados de resolverlos no conocen el asunto de que se trata; pero la constancia en el pedir, la serenidad en el exponer, y el saberse ganar la voluntad y la estima de aquellos á quienes toca conceder, lo vence todo y el porfiado que á tales recursos apela, si su causa es buena, sale complacido.

Oigase el relato de mis trabajos y de sus resultados y á menos de que se me quiera presentar como un caso único ó raro, el lector me dará seguramente razón.

Después de diez y ocho años de no pisar las calles de la coronada Villa, volví á ella en 1897 con motivo de una Exposición de Industrias modernas, en la que quise exponer los productos de la Real Escuela de Avicultura.

Ningún proyecto llevaba entonces en cartera, como no fuese el de dar á conocer mi establecimiento.

Al visitar la Moncloa, donde veinte años atrás había estudiado y de la cual deserté por creer que más pudieran convenirme los estudios agrícolas en el extranjero, hallé en ella de director al que fué mi maestro de Física D. Diego Pequeño, hombre de vastísima ilustración que dió pruebas de quererme en varias ocasiones, y al verme se le ocurrió hacer que diera una serie de conferencias avícolas en aquella Granja Central donde, como es sabido, se halla la Escuela de Ingenieros Agrónomos ó Instituto Agrícola de Alfonso XII.

Habiendo accedido á la petición de D. Diego, diéronse las conferencias con concurrencia mucho mayor de lo que yo podía esperar, la prensa se ocupó de ellas con inmerecido elogio y mi nombre subió de algunos grados en el termómetro de la reputación.

Que *no hay hombre sin hombre*, dice el refrán, y en aquella ocasión fué mi protector persona de todos los españoles conocida. Su nombre y el recuerdo de su cariño y bellas cualidades reviven en mi mente y evocan los sentimientos de gratitud y el cariño que á él me unieron.

Isidoro Fernández Flórez, el genial y corrector publicista, cuyo recuerdo perdurará en la historia

del periodismo y de las letras españolas, el chistoso *Fernanflor*, cuyas crónicas saboreó el público en tantísimas ocasiones, me profesaba singular afecto.

Siendo él ya un hombre y yo un niño, pues apenas si tendría diez años, nos conocimos allá en la cumbre del Pirineo, en la pintoresca villa de Aguas Buenas, siempre tan frecuentada por los españoles.

Jugaba yo en el parque, cuando me dió por molestar á un perro que, impacientándose, vino sobre mí y me propinó dos ó tres mordiscos de cierta consideración. Corrí alarmado al regazo de mi madre, la que al punto trató de averiguar quién fuera el dueño del atrevido can.

Temeroso del castigo, el pobre animalito apretó á correr, metióse en el Hotel de France y con rumbo seguro se engolfó en varios corredores, hasta detenerse frente á una puerta que trató de abrir empujándola con las patas y lanzando al aire plañideros gemidos.

Mi madre, llevándome de la mano, siguió al perro hasta su guarida, que no podía ser otra que la habitación del dueño, tomó el número de la misma y pasó á la Administración, donde se le dijo que en aquel cuarto habitaba un joven español, muy enfermo, y que se hallaba en cama.

Poco rato después mi madre recibía aviso del dueño del perro, que no era otro que Fernanflor, rogándole pasara á verle, pues él no podía abandonar el lecho.

La entrevista fué por demás tranquilizadora. El perro no estaba rabioso, al vernos amigos de su dueño, prodigóme toda clase de caricias, y fué luego mi mejor amigo, como Isidoro pasó á serlo de toda la familia.

Vinticinco años después volvimos á hallarnos en Madrid, él ya viejo y yo hombre maduro; nos abrazamos, recibí de él las más inequívocas muestras de cariñoso afecto y le vi gozarse en mis triunfos como en cosa propia. Cierta día me pidió un retrato para colocarlo, según dijo, junto al que conservaba de cuando me besó por primera vez y acarició mis rubios y rizados cabellos. Dile el retrato y al siguiente día quedé sorprendido al verlo publicado en *El Liberal*, con extensa y benévola biografía.

—Gracias, Isidoro—díjeme en cuanto pude verle—¿por qué hizo usted esto?...

—Para que se le conociera á usted más rápidamente, amigo mío — repuso abrazándome cariñosamente; — ahora puede usted tener la seguridad de que por lo menos le conocen cien mil españoles...

Desde aquel día, en efecto, comencé á recibir cartas y consultas desde casi todas las provincias, mis modestos escritos se reprodujeron en la prensa, y pasé á la categoría de *los conocidos*.



...me alejé de la plaza de San Marcos después de obtener con mi máquina fotográfica algunas instantáneas (pág. 93)

¡Pobre Isidoro! pocos años después no pudo presenciar el mayor triunfo que alcancé en mi vida. Cuando se iban á abrir las puertas de la Exposición Internacional, de que en breve he de ocuparme, y en cuyo éxito buena parte cabía á su periódico, cayó enfermo, se agravó y en pocos días exhaló el último suspiro. Sin familia, rodeado sólo de los amigos del alma que en vida le quisimos, yo cerré sus ojos y lloré sobre su frío cuerpo, recordando sus bondades y el cariño que me prodigara cuando niño.

Pero volvamos á mi historia y perdone el lector la digresión; se la debía al amigo perdido al tratar de escribir mis Memorias.

Por aquella vez no tuve otra relación con el Gobierno que la que pudo originar mi acto de cortesía al saludar al Director General de Agricultura antes de mi marcha.

En 1899 volví á Madrid, con motivo de la presentación de mi libro á S. M. la Reina, y en aquella oportunidad tuve ocasión de tratar al Ministro de Agricultura D. Rafael Gaset, de quien obtuve algunas concesiones para la Real Escuela de Avicultura y la Sociedad Nacional de Avicultores.

Cuando tuve que poner á prueba mi travesura (llamémosle por su nombre), fué cuando en 1901 me dispuse á preparar la Exposición Internacional de Avicultura, que un año después Madrid y España entera pudo ver realizada en los jardines del Buen Retiro, en plena Corte.

Ya no se trataba de obtener una pequeña subvención, sino alguna cantidad regularmente seria con que asegurar el éxito del certamen á la par que la firme y decidida protección del Estado. Cuantos conocían mis proyectos trataban de disuadirme, y sin embargo, algo me decía que no resultarían infructuosas mis gestiones.

Iniciadas las negociaciones con D. Rafael de La Viesca, dignísimo Director General de Agricultura, durante el ministerio de Sánchez Toca, cayó la situación conservadora, subieron al poder los liberales bajo la presidencia de D. Práxedes y ocupó la Cartera de Agricultura D. Miguel Villanueva, á quien no conocía ni de vista.

Aunque portador de buenas cartas de presentación, unas para Sagasta y otras para Silvela, resolví no presentarlas hasta ver si por mí mismo se me atendía.

Alojado, como de costumbre, en el Hotel Inglés, la casualidad me deparó el gusto de encontrar allí un buen amigo de Barcelona, cuyo nombre no me hallo autorizado para revelar, el cual ducho, de larga fecha, en gestiones ministeriales y oficinas, dióme un consejo que, si me causó en el primer momento risa, luego me ha venido siendo de extraordinaria utilidad.

—¿Va V. á ver al Ministro? — díjome L., en su habitual tonillo, — pues bien, oiga V. mi consejo: —El Ministro nada debe de entender seguramente en palomas y gallinas; luego V. es más inteligente que él. Cuando entre V. en su despacho, hágase el

siguiente razonamiento: « Tu eres Ministro, 18 de febrero y algo debes valer cuando llegaste á ese puesto; pero yo... yo valgo más que tú, y desde luego, en la cuestión que me trae entiendo más; luego, no me achico ». — Créame V., amigo, bajo tal impresión entre resueltamente y no necesita V. de recomendaciones ni apoyos de ninguna especie. Si V. logra interesar al Ministro por sí mismo, saldrá V. satisfecho: se lo aseguro.

Bajo tal impresión fuíme al Ministerio y resueltamente me dirigí sin preguntar á nadie al despacho del Consejero de la Corona.

Como hombre, al parecer, acostumbrado á entrar y salir de la casa, pasé con cierta altivez, en mí poco natural, por delante de dos porteros que al verme se pusieron de pie preguntándome uno de ellos:

— Caballero, ¿V. S. es Senador ó Diputado?...

Nunca supe mentir y debí haber contestado negativamente, lo que me hubiera vedado la entrada ó impuesto, por lo menos, una ó dos horas de antesala. Erguí la cabeza, lancé al fiel portero una mirada, así, como despreciativa y al parecer sorprendido de lo que me preguntaba seguí de frente como molesto y aparentando no querer contestarle.

— Perdone V. S. — díjome el portero, — y tomando la delantera, me abrió la puerta franqueándome el paso al tiempo que me hacía respetuosa reverencia.

En el anchuroso despacho del Ministro había unas diez ó doce personas que formando pequeños grupos esperaban les llegara el turno de hablar con S. E.

Llegó el mío, alargué una tarjeta al Sr. de Villanueva y cuando leyó *El Director de la Real Escuela de Avicultura*, tendióme la mano, me señaló un asiento y sentándose á mi lado entablóse el siguiente ó parecido coloquio:

— Bravo, Sr. Castelló, porque supongo es usted D. Salvador Castelló, ¿qué le trae á V. por Madrid?

— En primer lugar — repuse, — el deseo de cumplimentar y conocer á V. E., que tan bien dirige los asuntos de este Ministerio, y luego el proyecto de una Exposición Internacional de Avicultura, para cuya realización necesito del decidido apoyo de V. E.

Apeado el tratamiento, D. Miguel reflexionó; su mirada fija en la mía, pareció querer leer en ella mi pensamiento, hizome varias preguntas y seguidamente me dijo con acento resuelto:

— Me gusta la idea y asunto es ese que debemos estudiar con interés y tiempo. Puesto que se trata de una Exposición de carácter internacional, tal vez sería bueno viera V. también al Ministro de Estado ó al señor Presidente; pero vuelva V. mañana á las nueve y hablaremos de ello.

No dejó de extrañarme que un Ministro señalara para una audiencia, hora tan temprana y ello dióme de D. Miguel Villanueva muy buen concepto; me levanté y quedando en verde al día siguiente, salí animado y en la creencia de que mi ademán resuelto había producido en S. E. buen efecto. (Continuad)